

HOMENAJE A DON JOSÉ CASTAÑEDA CHORNET

(17 de enero de 1991)

Excmo. Sr. D. Enrique Fuentes Quintana

Señores Académicos, señoras y señores:

Inicia hoy nuestra Academia sus sesiones públicas en este curso 1990-91. Como ordenan nuestros Estatutos, debe ser propósito de la Corporación cultivar las Ciencias Morales y Políticas ilustrando las *cuestiones* de mayor importancia y aplicación llamando en sus sesiones públicas la atención de la sociedad hacia ellas.

Nuestra sesión de hoy se dedica al homenaje a un economista español. La Economía es, sin duda, la más antigua de las artes y la más moderna de las Ciencias Morales que cultiva nuestra Academia y sus conocimientos se han convertido en el campo de trabajo de una profesión que cuenta con la base de unos estudios universitarios que en España sólo han cumplido cuarenta y tres años de vida. Fue en otoño de 1947, en un acto solemne en el paraninfo de la antigua Universidad de Alcalá de Henares, cuando recibían su título los primeros 120 economistas que habían concluido su licenciatura en la Complutense, primer centro universitario que organizó los estudios de Economía en España. Desde entonces, cientos de licenciados han salido de las aulas de la Facultad de Económicas, que se irían extendiendo por las distintas universidades españolas, elevando la nómina de profesionales hasta los 30.000 economistas que hoy agrupan los distintos Colegios del país.

Esta profesión joven en el tiempo, que no ha sobrepasado aún el medio siglo de presencia en la escena española, tiene un origen que debemos conocer y reconocer a quienes la hicieron posible tributándoles el homenaje de nuestro recuerdo. En ese origen de nuestra profesión están quienes orientaron los primeros estudios de licenciatura en Economía. Me estoy refiriendo, claro está, a los tres maestros de las primeras generaciones de economistas: don Valentín Andrés Álvarez, don Manuel de Torres Martínez y don José Castañeda Chornet, los tres Decanos de épocas distintas de la Facultad y los tres Académicos de número de esta casa.

Quienes hemos tenido la fortuna de ejercer esta nueva profesión no podemos olvidar a quienes la hicieron posible. La profesión de economista con formación universitaria la habían pedido con insistencia importantes personalidades españolas. Tres Académicos de Ciencias Morales y Políticas destacarían de nuevo al proclamar la necesidad social de los estudios universitarios de Economía. El Académico electo de esta Corporación don José Ortega y Gasset sería uno de sus más señalados —y menos conocidos— intérpretes. Ortega manifestaría en distintas ocasiones la urgente necesidad que España tenía de administrar racionalmente los recursos escasos con los que contaba para lograr su desarrollo, venciendo la improvisación del arbitrio que a lo largo de nuestra historia había inspirado —con indeseable frecuencia— decisiones costosas que despilfarraban los pocos medios disponibles con los que se contaba para lograr el remedio de las urgentes e inatendidas necesidades de los españoles. Administrar bien los recursos escasos de nuestra sociedad debería ser el fin de la Economía y el principal propósito al que debería servir la profesión de economista. En carta autógrafa, que conservo, dirigida a don Luis Olariaga —que estudiaba Economía en Londres por consejo de Ortega— le confiaría rotundamente esta convicción personal: «Trabaje usted heroicamente: no lo más importante, pero sí lo más urgente que hoy necesitamos en España es Economía. Sin unos cuantos economistas no haremos absolutamente nada; con ellos lo haremos todo. Creo que no puede pedírseme más paladina declaración de la gran, la inmensa misión de un oficio que es bien ajeno al mío.» Dos Académicos de esta Corporación, Luis de Olariaga y José María Zumalacárregui, defenderían esos estudios universitarios de Economía desde la década de los treinta, articulando sus posibles planes de estudio, que conseguirían, por fin, su definitiva presencia académica a partir del 16 de febrero de 1943, fecha en la que se inicia en Madrid la primera licenciatura de Económicas.

Esta generación de Académicos entregaría su testigo de un trabajo que había hecho posible la nueva Facultad de Económicas a quienes debían guiar sus primeros pasos. Pasos primeros comprometidos, pero afortunados. Porque la Facultad tuvo la suerte de contar, en su período fundacional, con la presencia de tres nuevos catedráticos: don Valentín de Andrés, don Manuel de Torres y don José Castañeda, y con la colaboración extraordinaria del gran maestro y excepcional economista alemán Von Stackelberg, que se había incorporado a las tareas académicas de la nueva Facultad. Los estudiantes de Economía pudimos contar así con el curso introductorio inolvidable que nos ofrecería don Valentín Andrés, pedagogo singular, capaz de despertar la vocación de cuantos nos iniciábamos en el análisis de los problemas económicos, con la brillante intuición de Manuel de Torres para aproximarnos al conocimiento apasionante de la realidad económica española y con el rigor y la exigencia a que nos obligaba la docencia ejemplar de Castañeda. Von Stackelberg consolidó con su autoridad la orientación de los planes de estudio, alejándolos del peligroso enfoque del historicismo y ofreciendo a los alumnos y profesores las lecciones y trabajo de sus fecundos seminarios, articulados en torno a sus *Principios de Teoría Económica*,

cuya traducción y nueva edición realizarían quienes eran maestros de nuestra Facultad.

La Academia de Ciencias Morales y Políticas ha querido dedicar esta sesión pública a recordar el origen español de los estudios universitarios de esa rama joven de las Ciencias Morales que es la Economía. Si cualquier motivo es bueno para justificar ese recuerdo, aquel con el que contamos nos parece que legitima plenamente esta pretensión. Ese motivo nos lo ha dado la Fundación Fondo para la Investigación Económica y Social de las Cajas de Ahorro Confederadas. La Fundación ha venido ofreciendo el tributo de un merecido homenaje anual a los economistas españoles que dedicaron su vida a la investigación, la aplicación y la enseñanza de la Economía. Es costumbre de la Fundación que ese homenaje consista en un medallón de cerámica de la efigie del economista, realizado por el moderno Sargadelos que dirige ese artista singular que es Isaac Díaz Pardo, acompañada de una biografía sucinta y de la publicación en facsímil de una de sus obras más representativas, precedida de un prólogo en el que se ofrece al lector una más amplia noticia de su persona, de su vida y de su obra.

En este año ese homenaje se rinde a don José Castañeda. Para él se ha podido contar, gracias a la comprensión y generosidad de su viuda y de sus hijos, con la edición de sus *Lecciones de Teoría Económica*, precedida de un amplio estudio introductorio realizado por uno de sus primeros y más fieles discípulos: Huberto Villar Serraillet.

La obra que hoy trae la Academia en homenaje de quien fue miembro activo de la Corporación durante más de treinta años recoge el esfuerzo de toda una vida consagrada a la enseñanza de la Economía, con una dedicación constante y profesionalidad verdaderamente ejemplar. Quienes aprendimos en las *Lecciones* lo que significa el mejor uso alternativo de los recursos escasos, las condiciones y consecuencias que establece la lógica de la competencia de mercado o sus leyes del equilibrio, conocimos el valor de la precisión y el rigor del lenguaje, el significado e importancia de las interdependencias de las variables económicas, todo lo cual ha configurado para siempre nuestra propia forma de pensar, que se ha convertido en término de referencia para el ejercicio continuo de nuestra profesión.

Para los economistas, las *Lecciones de Teoría Económica* han constituido una obra familiar, más *nuestra* que de su autor, a la que nos referimos con ese término escolar que los alumnos utilizan para considerar aquel manual formativo como propio, calificándolo con el nombre de su autor —el Castañeda— el nivel más alto de popularidad que un maestro puede alcanzar en la Universidad española. Ese manual *propio* que son las *Lecciones de Teoría Económica* para los economistas no fue aprendido por los alumnos de don José aprendido con alfileres en las noches de insomnio que precedían a los exámenes, sino trabajado día a día, porque tras de cada concepto, de cada variable y de sus interdependencias estaba el temido, interminable y riguroso examen a que sometía Castañeda a todos sus alumnos para extenderles la

calificación favorable deseada a lo largo de un curso intenso sin ausencias del profesor, sin pérdidas de tiempo ni horas de clase.

Es a estas *Lecciones de Teoría Económica*, entendidas como manual español representativo de la microeconomía de su tiempo, lecciones vividas por los alumnos con creciente admiración cuando han desarrollado su ejercicio profesional de economistas, el que creo que merece este homenaje que hoy le rinde nuestra Academia con la adhesión de los dos Decanos de las Facultades de Económicas, Complutense y Autónoma de Madrid, que nos acompañan y cuya presencia agradece la Academia.

En 1968 don José Castañeda, después de editar desde 1948 parte de la obra en cuadernillos que los alumnos guardábamos como punto de referencia y consulta de lo trabajosamente aprendido, finalizó sus *Lecciones*. En su primera página Castañeda transcribió una dedicatoria: «A todos mis antiguos alumnos, ya catedráticos, altos funcionarios de la Administración, directores y asesores de empresas, o bien que llevan el camino de serlo, con todo afecto.» Han transcurrido veintitrés años desde entonces. Los discípulos directos e indirectos de don José hemos cubierto un largo ciclo vital en el ejercicio de la profesión *por cuya presencia y significación social él entregó lo mejor de sí mismo*. En ese largo plazo, los economistas hemos participado activamente en las tres grandes operaciones que han transformado la vida económica de nuestra sociedad: el Plan Nacional de Estabilización Económica de 1959, premisa obligada del intenso desarrollo de los años sesenta; las políticas de ajuste a la crisis de los setenta, base de la intensa recuperación registrada desde 1985, y la integración en Europa que vivimos hoy.

Los economistas de mi generación solemos mirar hacia atrás con satisfacción al comprobar los cambios decisivos que esas operaciones han supuesto para España. Quizás al hacerlo exageremos nuestro protagonismo en esos acontecimientos, pero creemos que es difícil negar la contribución de nuestra profesión al desarrollo del país, al cambio trascendente de la España subdesarrollada de ayer, a la que trata, desde su nivel y condición de país desarrollado de hoy, de superar los problemas que plantea el reto europeo. Un cambio que los economistas hemos vivido y en el que hemos participado.

Desde esa circunstancia me atrevería a devolver en este día la dedicatoria de su manual a don José Castañeda con esta obra: «A nuestros maestros, que hicieron posible la profesión de economista en España, que nos enseñaron su rigor y la incomodidad de defender en nuestra sociedad la eficacia económica, con el compromiso de convertir su ejemplo y sus enseñanzas en estímulo permanente de nuestro ejercicio profesional. Con todo afecto.»

Excmo. Sr. D. José María de Areilza

En los años cuarenta, recién terminada la guerra civil, el director del Instituto de Estudios Políticos, me pidió que explicase un par de cursos de Política Industrial, asignatura de una futura Facultad de Economía que iba a ser creada en Madrid. En esa oportunidad tuve la ocasión de conocer personalmente a José de Castañeda, que iba a explicar a su vez, un curso de Teoría Económica. Tenía aquel profesor un aire severo y concentrado, una mirada, a través de sus gafas, en la que brillaba la luz de chispeante inteligencia. Nos entendimos perfectamente desde el primer encuentro. Él había obtenido la licenciatura de Derecho con un expediente brillantísimo. Pero creyó que la ingeniería industrial era otra componente necesaria para su formación intelectual. Y aprobó esa carrera, entrando en el escalafón de los ingenieros al servicio del Estado.

Yo había seguido un camino análogo, pero de orden distinto. Cuando terminé el tercer curso de Ingeniería en Bilbao, me matriculé, por libre, en la Facultad de Derecho de Salamanca, obteniendo en unos años la licenciatura correspondiente. Nos regocijó mucho esta coincidencia de carreras y aficiones. Castañeda era una mente lúcida, asomada a todos los procesos técnicos de la economía, con una formación matemática considerable que palpita a lo largo de su vida docente. Una vez le oí decir que la matemática era, en esencia, la adaptación más rigurosa de la naturaleza a los mecanismos de intelección de la mente humana. Era un gran matemático, apasionado en el saber. Su *Teoría económica* ha sido durante muchos años la piedra angular de la gran generación renovada de los economistas españoles.

Era un profesor respetado y temido por su estricta exigencia del rigor intelectual. Pero no era nunca arbitrario, sino generoso en el diálogo con los estudiantes, aunque, eso sí, la precisión resultaba un acompañamiento necesario en las respuestas.

Nos perdimos de vista durante mis quince años de Embajador en el extranjero, y al regresar a España tuve la fortuna de gozar de nuevo con su amistad y su amenísima conversación en las reuniones de nuestra Academia. Había envejecido físicamente, pero la experiencia y el humor rebosaban a raudales de sus comentarios y pronósticos. Sus *Lecciones de teoría económica* se habían convertido en un clásico de obligada consulta en universidades y escuelas.

Don Miguel de Unamuno solía decir que lo que más le gustaba de su propia obra era el papel de «repartidor de ideas» que le había tocado en suerte durante muchas etapas de su trayectoria intelectual. Yo pienso que de José Castañeda y Chornet había que decir algo semejante. Repartió nuevas ideas a sus colegas y alumnos. Y lo hizo con generosidad, como quien siembra a voleo un campo bien abonado.

Yo quiero expresar aquí, esta noche, un tributo personal a un compañero, colega y amigo, que dejó una huella imborrable en la cultura española del siglo XX. Sin arrogancias ni originalidades. En el cotidiano trabajo de la cátedra, enseñando con claridad y compañerismo a sus alumnos las nuevas perspectivas de la ciencia econó-

mica, base firme de un desarrollo moderno y fecundo de la sociedad española y del crecimiento del nivel de vida de nuestro país.

Excmo. Sr. D. Luis Ángel Rojo Duque

Permítaseme que aporte a esta evocación de la figura de don José Castañeda la perspectiva de los alumnos —perspectiva quizá modesta, pero importante en el recuerdo de quien fue, ante todo y a lo largo de toda su vida, un profesor universitario—.

Hubo quienes, por su interés en los estudios de Microeconomía y por circunstancias personales, formaron parte del círculo de colaboradores inmediatos del profesor Castañeda y tienen la fortuna de poder contarse entre sus discípulos. Nadie podía representarles mejor aquí, hoy, que el profesor Villar, cuyas palabras hemos escuchado. Yo pretendo traer, esta noche, la voz de quienes sólo fuimos sus alumnos: unos, porque, aunque continuamos en el ámbito universitario, nos inclinamos por otras áreas del conocimiento económico; otros, los más, porque, al concluir sus estudios, se alejaron de la universidad para dispersarse por el amplio campo de nuestra profesión. La pretensión de hablar en nombre de un grupo que suma varios miles de economistas es, sin duda, desmesurada, y, sin embargo, creo que pocos disientirían de lo que voy a decir.

Mis primeros recuerdos del profesor Castañeda se refieren, claro está, a sus explicaciones de clase seguidas desde los bancos de un aula del viejo caserón de San Bernardo, pero mi memoria más vívida corresponde, desde luego, al examen oral de la asignatura; estoy en el estrado, con otros dos alumnos, cada uno junto a su pizarra; en la mía está dibujada una «caja de Edgeworth» en la que he procurado que los puntos de tangencia entre las líneas de indiferencia de los sujetos compongan una curva de contrato relativamente elegante; don José pasa de uno a otro alumno haciéndonos preguntas insistentes y minuciosas sobre el tema que nos ha asignado, durante una hora interminable.

Aquel examen de «Teoría-2» era un momento decisivo en los estudios de Ciencias Económicas de la Facultad de Madrid: superar con éxito sus serias dificultades equivalía a haber vencido más de la mitad de la carrera; no verse sometido a él en otras Facultades era sentido como un alivio, pero también como una carencia. El proceso de estudio de la asignatura y de superación, en su caso, de aquel examen se había convertido en un gran ritual iniciático generador de estrategias transmitidas por la tradición oral y de exigentes sistemas de preparación. El alumno, sumido por el esfuerzo que se le exigía, sólo percibía, de inmediato, las dificultades, las frecuentes frustraciones antes del éxito final —que, por lo demás, para muchos nunca llegó—; sólo con el paso del tiempo llegaba a advertir lo que aquel esfuerzo le había aportado.

La Teoría Microeconómica del profesor Castañeda estaba presidida por algunos criterios básicos. En primer lugar, por la convicción —tan necesaria en la universidad española de aquellos años como en la de ahora— de que la enseñanza superior ha de ser una enseñanza intensiva y no extensiva y ha de estar presidida por el rigor en los métodos de pensamiento. En segundo lugar, por la insistencia en que ese rigor es especialmente importante en un campo de conocimiento como la Economía, tan complejo, tan difícil de depurar acudiendo a la evidencia empírica, tan expuesto a que los deseos sustituyan al análisis. En tercer lugar y en fin, por el convencimiento de que la introducción del rigor en el cuerpo básico del análisis económico requiere la utilización de conceptos precisos y se ve extraordinariamente facilitada por el uso del lenguaje matemático. Con la aplicación de estos criterios básicos, el profesor Castañeda aportaba un elemento decisivo de disciplina a la formación de sus alumnos.

La pretensión de rigor y disciplina del profesor Castañeda aparecía reflejada en el contenido de sus enseñanzas, expresado en las *Lecciones de Teoría Económica*, cuya bienvenida reedición ha proporcionado el motivo inmediato de esta evocación. Y hay que decir que el alumno hallaba en esta obra un acceso serio, bien articulado y plenamente actual, en su momento, al estudio de la Microeconomía. No voy a detenerme en las características de las *Lecciones*, puesto que de ello va a ocuparse, en este acto, el profesor Segura; pero sí señalaré que en ellas encontraba el alumno el cuerpo central del análisis del consumo, la producción y la formación de los precios y las rentas tal y como lo había desarrollado el pensamiento marginalista, desde sus fundadores hasta Hicks, Allen y Samuelson; que en ellas encontraba las modernas teorías de la competencia monopolista, la competencia imperfecta y el monopolio y en ellas podía asomarse a los modelos de equilibrio general. Fueron las *Lecciones* una obra elaborada a lo largo de bastantes años, que circuló, durante mucho tiempo en forma de pliegos, en número siempre creciente, hasta que quedó definitivamente completada en 1968. Ese largo período de elaboración permitió al profesor Castañeda incorporar desarrollos adicionales, como la teoría de las preferencias reveladas, la programación lineal o la teoría de los juegos —aun a riesgo de perjudicar la unidad de la obra—, y le llevó a redactar de nuevo, con motivo de la edición completa, pasajes diversos —desde los referentes a cuestiones metodológicas hasta otros relativos a la formación de las rentas— en un esfuerzo por mantener su contenido al día. Don José dedicó la edición definitiva de las *Lecciones* a sus antiguos alumnos, y éstos difícilmente podrán ver el libro sin reconocer en él una pieza fundamental y especialmente sólida de su formación como economistas.

Tenía fama don José de ser hosco con sus alumnos, y, sin embargo, cuantos le trataron o le encontraron casualmente, una vez pasado el período en que habían sido objeto de sus exigencias como profesor, reconocieron en él a una persona cariñosa y afable. La inmensa legión de sus antiguos alumnos tenían siempre abierto un fácil acceso a él, lo utilizaran o no; y cuando lo hacían, les mostraba un profundo interés por su vida profesional y sus problemas.

Yo recuerdo a don José como un ser bondadoso y tímido, dotado de un irreprimible gusto por regañar. Era persona que decía lo que pensaba —a veces, tras un esfuerzo por contenerse que solía acabar en una explosión—. Sus regañinas eran parte inseparable de su afecto; así que a mí me regañó muchas veces, la última con motivo de mi discurso de recepción en esta Academia. Pocas personas me mostraron tan sincero afecto, al ser elegido miembro de esta Academia, como don José, quien tuvo, además, la generosidad de ofrecerse a responder a mi discurso de recepción. Cuando le presenté mi proyecto de discurso, me regañó por algunas de las consideraciones que yo hacía en él sobre la figura de Keynes, y, hecho esto, dedicó una parte de sus ya escasas fuerzas a escribir una contestación breve, pero atinada y profunda, y vino a leerla, con una decisión que nunca le agradeceré bastante, en condiciones malas de salud y en la que había de ser una de sus últimas salidas de casa.

Prefiero, sin embargo, ilustrar lo que quiero decir sobre su actitud hacia los alumnos con una anécdota de la que fui testigo, pero que se refiere a otras personas. Corría el año 1967 y don José Castañeda era Decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. En uno de los frecuentes conflictos estudiantiles de aquel período, la policía detuvo a un brillante alumno de la Facultad —que hoy ocupa, por cierto, una posición muy elevada en la Administración del Estado— y a quien era entonces su novia y hoy es su mujer —ésta última, además, de nacionalidad extranjera—. Acudí, para que interviniese en su favor, a don José, quien llamó inmediatamente al Director General de Seguridad y obtuvo de éste una entrevista para aquella misma tarde. Llegamos al viejo edificio de Gobernación, en la Puerta del Sol, a la hora convenida, subimos al piso principal y se nos hizo pasar al salón en el que se abren los tres grandes balcones centrales de la fachada. Nos sentamos en un sofá, pero don José se levantó en seguida, comenzó a recorrer la habitación, con su paso nervioso, observándolo todo con gran atención, y acabó entreabriendo el balcón central y asomándose al exterior mientras murmuraba una frase que yo no alcanzaba a oír.

Entró en esto, en el salón, el Director General de Seguridad y don José, después de saludarle, le aclaró: «Estaba echando un vistazo, porque yo fui uno de los que proclamamos la Segunda República desde ese balcón, y no había vuelto desde entonces.» Tras un comienzo tan prometedor, don José expuso su pretensión de que fueran liberados cuanto antes los dos alumnos detenidos. El Director General de Seguridad estaba dispuesto a acceder, pero no quiso dejar pasar la oportunidad de atacar, en general, el comportamiento de los estudiantes de la Facultad, y en mala hora lo hizo, porque pasó a recibir una de las reprimendas de don José más largas que yo he presenciado. Al final, el Director, que debía estar, para entonces, completamente atónito, prometió dar la orden de que se pusiera en libertad a los alumnos a las siete de la tarde.

Cuando salimos a la calle faltaba más de una hora para las siete y don José insistió en que esperásemos en algún sitio cercano y volviésemos a la hora prevista. Pasamos el tiempo en el primer piso de una cafetería situada en la esquina de la Puerta del Sol con la calle Mayor. A las siete estábamos en la puerta de la Dirección General de Seguridad que se nos había indicado —en la calle del Correo— y, poco después,

salían los dos alumnos. Don José comprobó que se encontraban perfectamente y les ofreció llevarles en coche a sus domicilios; ellos rehusaron el ofrecimiento, pero don José no les dio opción, diciéndoles: «Les voy a llevar porque quiero que escuchen lo que tengo que decirles.»

Me gusta recordar al profesor Castañeda alejándose en automóvil por la Puerta del Sol, con dos alumnos a los que va regañando después de haber empleado todo el día en protegerles.

Ilmo. Sr. D. Julio Segura Sánchez

Excelentísimos señores, señoras y señores:

Permítanme empezar manifestando mi agradecimiento a la Academia por un doble motivo: la posibilidad de que alguien que no pertenece a ella les dirija la palabra y la oportunidad que ello me brinda de participar en un homenaje a alguien a quien tanto deben los estudios de economía y la profesión de economista en este país.

Trataré de hacer una aproximación desapasionada al profesor Castañeda, pero debo advertir desde el principio que esto no resulta sencillo en mi caso, tanto porque la propia personalidad del profesor Castañeda se brinda poco a opiniones neutrales como por el hecho de que su actitud fue crucial a lo largo de mi vida académica, siendo miembro de todos los tribunales académicos que me han juzgado —desde el de licenciatura hasta el de cátedra—, valorando en todos de la forma más generosa posible mis méritos. Como colofón, la cátedra que actualmente ocupo es la suya. Quizá por ello haya optado, como forma de minimizar el riesgo de caer en el panegírico, centrarme en el análisis de la obra escrita del profesor Castañeda.

Resulta evidente que si hubiera que destacar un único nombre en la introducción, y más aún la docencia y asimilación, del análisis microeconómico moderno en España, habría unanimidad en señalar al profesor Castañeda. Por una parte porque durante veinticinco años ininterrumpidos, entre 1945 y 1970 impartió la asignatura de Teoría Económica II (Microeconomía: Consumo, Producción, Precios y Rentas) en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Complutense de Madrid. Por otra parte, porque su libro *Lecciones de Teoría Económica*, cuya reedición facsímil hoy conmemoramos, circuló en forma de notas-apuntes muchos años antes de su publicación definitiva en 1968, y se utilizó no sólo como texto de la Universidad de Madrid, sino en todas las Facultades de Economía españolas —Barcelona y Bilbao por aquel entonces—, siendo, por tanto, el texto de microeconomía estudiado por la práctica totalidad de los economistas españoles nacidos antes de 1950. En suma, las *Lecciones* fueron el instrumento básico de introducción del análisis microeconómico moderno en España.

La obra del profesor Castañeda no se agota, por supuesto, en sus *Lecciones*, y en ella raya a gran altura su tesis doctoral de 1936, *El consumo de tabaco en España y sus factores*, que es el primer trabajo econométrico realizado en España, con una anticipación de décadas sobre los siguientes. Las restantes aportaciones o bien fueron incorporadas en ediciones sucesivas de las *Lecciones*, como los trabajos sobre programación lineal y teoría de los juegos de 1954 y 1957 ¹, o bien son intervenciones en esta Academia, que ustedes conocen mejor que yo. Incluso su último escrito en el campo de la teoría económica de 1970 ² recoge una vertiente de su actitud docente, ya que es un desarrollo de parte de la materia que impartía como curso de doctorado bajo el título de «Análisis económico superior», centrado en el estudio de la teoría de la demanda en la línea del *Value and Capital* y de la *Revision of Demand Theory* de Hicks. En suma, creo que un comentario sobre su tesis doctoral y sus *Lecciones* constituye la mejor aportación que soy capaz de hacer a este merecido homenaje.

El consumo de tabaco en España y sus factores es una tesis doctoral, cuya estructura, contenido y presentación pueden hoy servir de ejemplo para un trabajo de ese tipo. Parte de un problema especificado con claridad: estimar la demanda de tabaco, los costes de producción del mismo y, sobre esta base, determinar la política óptima de precios del monopolio de tabacos español, óptima que habría maximizado su renta. E incluye una precisa discusión del modelo analítico de referencia basado en la teoría más avanzada de la época en la línea de J. R. Hicks, H. L. Moore y H. Schultz ³, la depuración minuciosa y construcción original de las series de datos, la estimación econométrica de las funciones de demanda, el cálculo de los costes variables y la determinación de los precios de máximo rendimiento.

Entre las aportaciones en el terreno de la construcción de series de datos brilla en primer lugar una estimación de la renta nacional española entre 1901 y 1934, que es un clásico en la materia, pese a constituir sólo el último apéndice (E), de cuatro páginas, de su trabajo. Y también cabe rescatar, más de medio siglo después, la excelente discusión e imaginativa construcción del índice general de precios al por menor del apéndice D.

El trabajo econométrico de especificación y estimación ha sido ya valorado recientemente por Juan del Hoyo ⁴, demostrando su alto nivel técnico para la época en que fue escrito. Y, como ejemplo de las implicaciones de carácter social que puede sustentar una investigación tan sofisticada y aparentemente abstracta, citaré las líneas que cierran el texto de la tesis: «La necesidad de elevar el nivel de vida de la enorme

¹ «Introducción a la programación lineal», *Revista de Ciencia Aplicada*, núms. 38 y 39 (1954), e «Introducción a la teoría de juegos y sus aplicaciones», *Revista de Ciencia Aplicada*, núms. 55 y 56 (1957)

² *Los fundamentos subjetivos de la teoría de la demanda*, Madrid (1970).

³ J. R. HICKS y R. G. D. ALLEN, «A Reconsideration of the theory of value», *Economica* (1934); H. L. MOORE, *Economic Cycles: their law and cause*, Nueva York (1914), y *Statistical laws of Demand and Supply with Special application to sugar*, Chicago (1928), *The Theory and Measurement of Demand*, Chicago (1938).

⁴ Juan DEL HOYO, «El profesor Castañeda como economista cuantitativo», en *El consumo de tabaco en España y sus factores*, edición homenaje de Tabacalera, S. A., Madrid (1988).

masa campesina se hace evidente a todo aquel que se pare a considerar la vida económica española, cualquiera que sea el punto de vista en que se coloque.» Pasemos ahora a su texto de microeconomía.

Aunque editadas como libro completo en 1968, las *Lecciones* empiezan a gestarse con el comienzo de la docencia en Teoría Económica II en el curso 1945-46, fecha de la que datan unos apuntes redactados por el profesor Fuentes Quintana. En el curso 1947-48 apareció la primera versión del futuro libro, basada en las notas de clase tomadas por un grupo de alumnos entre los que se encontraba Humberto Villar. Estas primeras versiones experimentaron con el paso del tiempo modificaciones sustanciales que afectaron no sólo a la redacción, sino al propio contenido.

La parte de las *Lecciones* que circuló y fue estudiada por los economistas españoles del cuarto de siglo 1946-1970 abarca las primeras 43-48 lecciones, lo que excluye el comentario de las últimas lecciones, relativas a la formación de las rentas, que sólo aparecieron en 1968, fueron escritas poco antes de su publicación definitiva y no forman, por tanto, parte del acervo común de los estudios de licenciatura de la profesión.

En resumen, una valoración ajustada de las *Lecciones* ha de hacerse sobre la base de que se trata de un libro escrito en el período 1945-57, y que se encuentra formado por las partes correspondientes a los Preliminares, Consumo, Producción y Precios.

Se ha señalado con frecuencia que las *Lecciones* constituyen un libro de filiación stackelberiana, haciendo con ello referencia a la influencia de los *Grundzüge*⁵ sobre el profesor Castañeda, traductor de la Parte VI de los mismos. Tras un análisis cuidadoso de ambos textos he llegado a la conclusión de que resulta casi imposible establecer la mencionada filiación. Teniendo en cuenta que, en 1946, los *Grundzüge* eran el texto más moderno de microeconomía intermedia disponible, señalar las ventajas de las casi coetáneas *Lecciones* sobre aquéllos es, probablemente, la mejor forma de destacar el enorme mérito del libro del profesor Castañeda.

Llama en primer lugar la atención la abismal diferencia en el grado de formalización matemática entre ambos originales. Pese a que Stackelberg defendiera el uso del lenguaje matemático en la teoría económica, sus *Grundzüge* son esencialmente literarios, sin apenas uso del cálculo, mientras que las *Lecciones* son un texto de microeconomía matemática en que el cálculo se usa con profusión. Y ello pese a que su autor destacara «el carácter elemental que se mantiene en todas las exposiciones de la obra» (nota preliminar, pág. 9), comentario que tenía sentido en 1968, pero que no cabía hacer dos décadas antes.

En segundo lugar, el contenido temático de ambos trabajos es muy distinto, dentro de la inevitable similitud que han de tener dos libros de texto. Estas diferen-

⁵ F. STACKELBERG, *Grundzüge der Theoretischen Volkswirtschaftslehre*, Stuttgart y Berlín (1943). Traducido, con bastantes modificaciones, como *Principios de Teoría Económica*, Madrid (1946).

cias pueden sintetizarse en cinco aspectos fundamentales, aparte de muchos otros menores:

1. *El tratamiento del equilibrio general.* Los *Grundzüge* le dedican tan sólo las 17 páginas literarias de la Parte VI —precisamente la traducida por el profesor Castañeda—, mientras que éste lo expuso en las lecciones 34 y 35 para el caso de intercambio puro, en forma muy *a la* Walras, haciendo hincapié en la coincidencia entre el número de ecuaciones e incógnitas y demostrando la optimalidad del mismo. En la época en que aparecieron las *Lecciones*, si se exceptúa el trabajo del pionero de Wald (1936) ⁶, de nivel matemático inasequible para alumnos y aún hoy día para la mayoría de los profesores, éste era el planteamiento más avanzado disponible del equilibrio general. Si existiera filiación, ésta se referiría más bien a Cassel ⁷, pero en ningún caso a Stackelberg.

2. *La fundamentación del equilibrio parcial.* Los *Grundzüge* no contienen referencia alguna a las condiciones precisas para el análisis del equilibrio parcial, pese a que todo el libro, excepto la mencionada Parte VI, se mantiene en dicho ámbito. A este tema dedicó Castañeda la importante lección 18.

3. *La teoría de la demanda.* Aquí el enfoque de las *Lecciones* se centró en el trabajo entonces pionero de Hicks-Allen ⁸ y en la preferencia relevada, siendo muy superior al del autor alemán. En este tema, recordemos su tesis doctoral, el profesor Castañeda era una autoridad.

4. *La teoría de la producción.* Aquí la influencia principal de las *Lecciones* es la de Schneider ⁹ y no la Stackelberg, demostrando de nuevo la perspicacia del profesor Castañeda para los enfoques más completos y modernos.

5. *El análisis de la competencia imperfecta.* Sólo la teoría del duopolio y oligopolio es stackelbergiana, pero ésta era la mejor opción disponible si se tiene en cuenta que el profesor alemán era en su época la autoridad mundial en el tema. El tratamiento del resto de la competencia imperfecta de las *Lecciones* es mucho más avanzado que el de los *Grundzüge*, tanto por la cobertura de los temas como por el detalle de su tratamiento.

Si se omite la influencia señalada en el tema del oligopolio, la única filiación se manifiesta, sobre todo, en aspectos marginales que, paradójicamente, resultaban los más obsoletos ya en la época en que ambos libros se escribieron: la ley de subestimación de las necesidades futuras, la producción temporal y las discusiones sobre relaciones entre los bienes conexos y órdenes sucesivos.

⁶ A. WALD, «Über einige Gleichungssysteme der mathematischen ökonomie», *Zeitschrift für Nationalökonomie* (1936), traducido al inglés en *Econometrica* (1936).

⁷ G. CASSEL, *Theoretische Sozialökonomie*, Leipzig (1918), traducido al inglés en 1932.

⁸ J. R. HICKS y R. G. D. ALLEN, art. cit.

⁹ E. SCHNEIDER, *Produktiontheorie*.

Por último, y en mi opinión muy importante, las *Lecciones* constituyen un texto magnífico desde el punto de vista didáctico por su exquisita redacción y por hacer explícitos todos los pasos intermedios seguidos en cada demostración, algo que es costoso y nada rentable para el currículum de un autor, pero resulta una ayuda inestimable para el lector.

En resumen, aunque escritas muy pocos años más tarde, las *Lecciones* son, desde el punto de vista del análisis microeconómico, muy superiores a los *Grundzüge*. E incluso cabe afirmar, sin caer en el dítirambo, que durante varios lustros fueron comparables a los mejores libros disponibles de su nivel en el mundo. Bastará para ello recordar que el *Value and Capital*, de Hicks (1939), y los *Foundations*, de Samuelson (1945), son de un nivel muy superior; la *Theory of Price*, de Stigler (1942), más elemental y literaria, y el *Competition among the few*, de Fellner (1949), mucho más especializado.

Permítanme, para terminar, hacer un breve comentario sobre dos recuerdos personales como alumno de la década de los años sesenta.

El primer recuerdo, un sentimiento de enorme respeto —no exento de cierto temor— por un profesor riguroso, cumplidor y exigente hasta el límite, que ejerció una notoria influencia sobre mis estudios posteriores e incluso sobre mi idea del comportamiento más adecuado de un profesor universitario. Esta última es una afirmación verificable: en octubre de 1970, coincidiendo con la jubilación del profesor Castañeda, pasé a ocupar su cátedra. Aquel año un conocido grupo teatral estrenó una obra de éxito titulada *Castañuelas 70*. Mis relaciones con los alumnos y el grado de exigencia de la microeconomía —que por otra parte empezó a tener contenidos distintos de los de las *Lecciones*— dio lugar a que los alumnos me apodaran «Castañeda 70». Poco podían imaginarse que este mote se me antojara un honor.

El segundo recuerdo se refiere a la idea de la microeconomía que obtuve al término de mi segundo curso de licenciatura, que se resume en tres notas: era un tipo de conocimiento que exigía un gran rigor lógico en la formulación de los problemas, se trataba de una materia no directamente relacionada con la realidad y, en buena medida, era una materia autocontenida, en el sentido de que los problemas microeconómicos empezaban y terminaban en sí mismos. Una imagen, en suma, que daba gran peso a la autonomía de la teoría económica —lo que es positivo—, pero que concedía escasa relevancia a la posible traducción práctica de los teoremas analíticos. Ésta era una orientación normal en la época, que incluso hoy día cuenta con numerosos adeptos, y que junto a grandes virtudes presentaba un inconveniente: la dificultad para distinguir con precisión entre problemas principales y secundarios. Sospecho que los alumnos de aquella época tardamos bastante tiempo en llegar a la conclusión de que el efecto renta y sustitución o el equilibrio general eran temas de mayor calado que la histéresis de los costes.

No voy a negar que quienes tuvimos el privilegio de ser alumnos aventajados del profesor Castañeda sufrimos bastante su rigor, su exigencia y su con frecuencia peculiar forma de demostrar la estimación que nos tenía. Pero la inversión en instru-

mental, disciplina mental y método que nos obligó a hacer fue de las de mayor rentabilidad y calado que puede recordar un estudiante de economía español en 1962. Y su ejemplo académico y personal quedará siempre entre nosotros como el de un excepcional maestro.

Nada más, muchas gracias por su atención.

Ilmo. Sr. D. Huberto Villar Serraillet

A fines de julio de 1947 se realizaron los ejercicios para el premio extraordinario de licenciatura de la primera promoción de la Sección de Economía de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas. Nada más terminados, me marché a Vigo a pasar las vacaciones con mi familia.

A los pocos días de estar en esta ciudad recibí, con gran sorpresa, una carta del primer Decano de la Facultad, don Fernando María Castiella, en la que no sólo me informaba del resultado de los ejercicios para el premio extraordinario de la licenciatura, sino que, además, me comunicaba la oferta de don José Castañeda para que en el curso 1947-48 fuera ayudante de clases prácticas en la asignatura cuya enseñanza él impartía, Teoría Económica, segundo curso.

Se iniciaba así una colaboración que había de durar muchos años. De una forma muy directa, hasta 1957, año en que obtuve la primera cátedra de Teoría Económica en la hacía poco creada Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Barcelona, y menos directa, pero siempre intensa, durante mi estancia en esta Universidad.

Los múltiples saberes de Castañeda hicieron que el Patronato Juan de la Cierva de Investigación Técnica le encargara de la dirección de su *Revista de Ciencia Aplicada* y de la de uno de sus institutos filiales. Esta segunda fue la *Revista del Instituto Nacional de Racionalización del Trabajo*, a la cual me llevó como jefe de redacción.

La colaboración, tanto en la Cátedra como en esta segunda revista, me dieron la oportunidad de tratarlo y de conocerlo bien en sus diversas facetas, y en este conocimiento tienen su fundamento las líneas escritas para prologar la edición facsímil de las *Lecciones de Teoría Económica* y el hecho de que en estos momentos tenga el honor de dirigirme a ustedes.

Su vida

Casi con el siglo, el 11 de marzo de 1900, venía a la luz en Valencia José Castañeda Chornet. Cursó el Bachillerato en dicha ciudad, donde obtuvo el título el 30 de septiembre de 1915, con el primer premio extraordinario en la Sección de Ciencias.

Llevó a cabo sus estudios de Derecho en la Universidad de Valencia y en septiembre del año 1920 terminó la licenciatura con premio extraordinario. Era entonces Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública en esa Universidad don José María Zumalacárregui, maestro de gran personalidad que habría de influir notablemente en la futura orientación de José Castañeda.

No es sencillo, al menos para mí, a estas alturas, saber cuáles fueron las razones que indujeron a Castañeda a seguir la carrera de Derecho. Sí sé, o creo recordar, que él quería iniciar sus estudios superiores con un horizonte más amplio, y por ello quería venir a Madrid.

En aquellas fechas eran pocas las facultades universitarias existentes en la Universidad de Valencia, y no se cursaban estudios de ninguna Escuela Especial Superior. A sus proyectos se oponía la total resistencia de sus padres, que no querían que un chico de quince años se desplazara a estudiar a Madrid. Y por ello no sería de extrañar que, en cierto modo, se viera compelido a estudiar Derecho, y a fe que lo hizo con empeño y aprovechamiento, porque en 1920 obtenía el grado de Licenciado con premio extraordinario.

Sea o no totalmente correcta la interpretación que he adelantado, el hecho es que siempre tuvo en la mayor estima la formación jurídica, e incluso creía que sin ella no se podía andar por el mundo.

Recién terminada la licenciatura de Derecho, y al acercarse a Zumalacárregui con ánimo de iniciar con él los estudios de Economía, recibe el consejo de aproximarse más a la realidad y la técnica. Tengo para mí que aquí se juntó el hambre con las ganas de comer, y que ese consejo le dio pretexto para venir a Madrid y hacer unos estudios que, muy probablemente, tenía entre ceja y ceja desde tiempo atrás, razón por la cual había cursado ya los estudios de Aparejador, simultaneándolos con los de Derecho.

Y estos estudios le fueron de utilidad para su ingreso en la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, donde hizo la carrera con gran brillantez, para terminarla en 1925 con la calificación de sobresaliente y título de honor, título que hacía cinco años que no se concedía.

Solía contar él con cierta presunción, no exenta de gracia, que había sido el primer licenciado en Derecho que había tenido la peregrina idea de hacerse, después, ingeniero industrial, ya que era más frecuente el caso inverso de ingenieros industriales que después habían cursado Derecho.

En el año 1930, prestando sus servicios en el Cuerpo de Ingenieros al Servicio de Hacienda, en el que había ingresado en 1927, entra en contacto con don Antonio Flores de Lemus, a la sazón Catedrático de Economía Política y Hacienda Pública en la Universidad de Madrid, que era, además, el perpetuo asesor de los diferentes ministros de Hacienda que por la poltrona iban pasando. Éste le nombra profesor ayudante de su cátedra de Economía Política durante los cursos de 1934-35 y 1935-1936.

Pero antes de desempeñar su cometido de ayudante había de iniciar otro tipo de actividad, al que siempre tuvo gran apego, cual es la publicación de revistas de carácter técnico y económico. En el año 1930 se crea la *Revista de Ingeniería Industrial*, que aparece publicada por la Asociación Nacional de Ingenieros Industriales. El fue uno de sus tres fundadores.

Son numerosos los editoriales y las notas informativas sobre cuestiones económicas publicados en esa revista en los que se adivina o, mejor dicho, se aprecia, la pluma de José Castañeda. Él quería que esta revista, dirigida a los ingenieros, no informara solamente de cuestiones técnicas, sino también de temas económicos, pues estaba convencido de que los ingenieros necesitaban conocer estas materias para poder desempeñar debidamente la función que les era propia.

Desde 1932, la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid había organizado unos «Cursos de estudios especiales económicos y administrativos» con objeto de suplir las insuficiencias que en estas ramas tenía el plan de estudios de la Facultad. Y el profesor Flores de Lemus se encuentra con un brillante discípulo que, además, es ingeniero industrial y ha sido profesor ayudante de la Escuela. Considera, en consecuencia, que es la persona más adecuada para explicar un curso de «Economía de la empresa» y, por tanto, en 1935-36 le encarga de esta disciplina, que es la primera vez que se imparte en la Universidad española.

El 27 de febrero de 1936 leía su tesis doctoral «El consumo de tabaco en España y sus factores», obteniendo la calificación de sobresaliente. Posteriormente, en 1939, había de obtener el premio extraordinario por la Facultad de Derecho. Le había dirigido la tesis don Antonio Flores de Lemus.

Es la economía de la empresa, a que antes me he referido, otra línea de formación que Castañeda no habría de abandonar. Y así, en 1942, es propuesto por el tribunal encargado de juzgar el concurso-oposición como profesor titular de Economía Política y Organización de Empresas en la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid.

En el año 1943 había conectado, en el Instituto de Estudios Políticos, con el profesor Stackelberg, quien impartía un curso especial de carácter superior en el que tomaron parte José Antonio Píera, José Vergara, Alberto Ullastres, Miguel Paredes, Valentín Andrés y José Castañeda. De este curso habían de surgir tres hechos importantes: primero, el afianzamiento y profundización de los conocimientos de Teoría Económica por parte de los profesores que al mismo asistieron; segundo, la irradiación a los estudios de la Sección de Economía de la nueva Facultad y, por último, la preparación de la versión española de sus *Grundzüge der theoretischen Volkswirtschaftslehre*, después de trabajar muy seriamente en ellos y de llevar a cabo la correspondiente traducción, tarea que distribuyó entre los participantes en el curso. A Castañeda le correspondió la Parte VI, titulada «La concurrencia perfecta como principio de organización de la Economía nacional», que constituye un canto a la libre concurrencia, a las fuerzas del mercado y, en definitiva, al espíritu liberal que tan bien encarnaba su traductor.

En el curso 1946-47 José Castañeda impartió en la Facultad, en dos cuatrimestres, Capital e Interés y Econometría.

Fue ésta, la Econometría, una materia que nunca abandonó y en la que, de una u otra forma, estuvo siempre presente. Era lógico que una mente como la suya no se quedase satisfecha con la utilización del método deductivo, sino que tratara de emplear el inductivo para la contrastación de las teorías. Este afán le venía ya de Flores de Lemus y de Zumalacárregui, por no buscar un antecedente o un ejemplo más remoto, que seguramente encontraríamos en Jevons. Dicho afán había ya quedado plasmado en su tesis doctoral.

En octubre de 1945 asistíamos los alumnos de la nueva Facultad a la ceremonia impresionante de la oposición a cátedras de Teoría Económica de tres de nuestros profesores, don Valentín Andrés Álvarez, don José Castañeda Chornet y don Manuel de Torres Martínez, catedráticos ya de Economía Política y Hacienda Pública de las Universidades de Oviedo y Valencia, el primero y el tercero, y en la Escuela de Ingenieros Industriales de las disciplinas más arriba reseñadas, el segundo. Presidía el Tribunal don José María Zumalacárregui y los tres obtuvieron sus plazas. En el curso 1945-46 se hace cargo Castañeda de la Teoría Económica, segundo curso; don Manuel de Torres, de la Teoría de tercero, y don Valentín prosigue con el curso de Introducción a la Teoría Económica.

Se reforzaban de esta forma las bases de la nueva Facultad, que a partir de ese momento contaría con tres catedráticos titulares y dedicados los tres a la enseñanza de la Teoría Económica, si bien cada uno con una característica particular, que provenía de su especial idiosincrasia y formación. Don Valentín era el hombre bueno y humanista, don José era el científico riguroso, a veces adusto en el trato, y don Manuel era el hombre hábil, preocupado más bien por las aplicaciones a la práctica y, por tanto, por lo político.

Prosiguió su vida Castañeda dividiendo sus afanes entre la Universidad, en la cual siguió impartiendo clases de Teoría Económica en el segundo curso de licenciatura y de Análisis Económico Superior en el doctorado; la Escuela de Ingenieros Industriales, en la cual ofrecía las enseñanzas de las disciplinas más arriba mencionadas, la dirección de las dos revistas a las que se ha hecho referencia y sus expedientes en el Tribunal Económico-Administrativo Central. Todo ello a base de un gran esfuerzo y de continuos desplazamientos en un Madrid en el que todavía se podía hacer.

En sesión del 16 de octubre de 1956 fue elegido miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, hecho que fue fundamental en su vida, pues en adelante consagraría a la Academia parte de sus desvelos y muy especialmente a partir de su jubilación, ya que había de constituir el refugio para una época en la que le habían cortado oficialmente las alas, cuando su mente estaba aún lúcida para mayores empresas.

De su labor en la Academia constituyen cumplida muestra las disertaciones y demás trabajos que presentó en las sesiones ordinarias de la misma.

En el año 1964 había sido nombrado Decano de la Facultad, cargo que desempeñó hasta 1967. En sus tiempos de Decano —si no recuerdo mal, en el verano de 1965— tuvo lugar el traslado de la Facultad desde el antiguo y rancio caserón de San Bernardo al nuevo edificio de Ciudad Universitaria que, por haberse inaugurado siendo él Decano y por la especial forma de su edificación, pronto fue bautizado con el nombre de «Galerías Castañeda».

Eran aquéllos tiempos de inquietud en los medios universitarios; los poderes públicos consideraban a la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas como una de las más levantiscas de Madrid, y fueron varias y repetidas las amenazas de cierre de la misma. Contra estos cierres luchó denodadamente Castañeda, poniendo en juego su prestigio de hombre serio y de gran profesor, así como su fuerte personalidad.

Pasado cierto tiempo fue nombrado Decano Honorario de la Facultad.

Pero donde realmente siguió desarrollando su actividad, una vez jubilado en Hacienda y en la cátedra, fue en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, como acabo de señalar, y en la Facultad de Ciencias Económicas y Comerciales de la Universidad Autónoma de Madrid.

Ésta le había encargado de la enseñanza en el doctorado, a lo largo de varios años, de un curso y un seminario sobre Teoría Microeconómica Superior.

La Universidad Autónoma tuvo también el cuidado de demostrar el reconocimiento a los méritos que concurrían en el profesor Castañeda. Y así le nombró Doctor Honoris Causa, al mismo tiempo que al profesor Lawrence R. Klein, en sesión celebrada en diciembre de 1980, en la que fue apadrinado por el doctor. Gonzalo Arnáiz Vellando, Catedrático Numerario de Estadística Teórica de la citada Universidad.

Sobre la figura y la significación de Keynes había de versar lo último que escribió, la contestación al discurso de recepción del académico don Luis Angel Rojo Duque, en la sesión del 6 de noviembre de 1984. En ese trabajo, leído ya en malas condiciones de salud, señala las limitaciones temporales y circunstanciales de la teoría del gran economista británico y recuerda que las soluciones a los problemas que se plantean en la economía mundial no pueden encontrarse sólo por la vía de la macroeconomía. Ésta permitía considerar los ajustes que habían de producirse en las distintas unidades económicas elementales a fin de proseguir en o de encontrar la vía del equilibrio por medio de las fuerzas del mercado.

Como reconocimiento a los méritos contraídos, tanto en la Administración Pública como en la actividad docente, le habían sido concedidas la Encomienda de Número de Isabel la Católica, la Gran Cruz del Mérito Civil y la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

Su personalidad

La fuerte personalidad del profesor Castañeda se manifestaba en varios rasgos que creo le caracterizan. Era sumamente exigente consigo mismo y con los demás. La primera de estas exigencias se debía a su elevado sentido del deber; por ello, jamás faltaba a clase. En lo que yo recuerdo, se contarían con los dedos de una mano las escasas veces en que, por razón de alguna pasajera enfermedad, tuve que sustituirle en las explicaciones de la cátedra. Y su actitud de exigencia a los demás se fundaba en el patrón que se aplicaba a sí mismo.

Esta actitud se ponía de relieve de forma particular en sus exámenes, duros, muchas veces largos, que hacían pasar horas desagradables a los alumnos y que para él tampoco eran, ciertamente, un plato de gusto. Pero consideraba que debía cerciorarse del grado de conocimiento que los alumnos poseían de su asignatura, porque entendía que el dominio de la Teoría Económica en general y de la Microeconomía en particular eran una base indispensable para la formación de un buen economista. También le llevaba a realizar estas pruebas durante un número incontable de horas, y aun de días, un afán innato de actuar con plena justicia. Por ello prolongaba los exámenes hasta estar convencido de que tenía los elementos de juicio necesarios para acertar en la calificación. Y trataba de ser equitativo al momento de dar las notas, haciendo caso omiso de cualquier recomendación, incluso de las que provenían de sus más próximos y encumbrados amigos.

Este conjunto de hechos hacía que muchos alumnos, que durante la carrera se quejaban de su exigencia, le agradecieran, una vez terminada, la formación que les había dado y el rigor con que les había enseñado a pensar.

Esta virtud de la exigencia tenía otra manifestación: el rigor en el tratamiento de los temas que abordaba y en la ejecución de las tareas que realizaba. Este rigor se manifiesta, por una parte, en el método que siguió en sus enseñanzas de la Teoría Económica. No había para él lenguaje más riguroso que el matemático, y es el que adoptaba para las explicaciones de su curso. A él no le gustaba hablar de economía matemática; consideraba que las matemáticas eran para el teórico de la economía tan sólo un lenguaje, aunque ciertamente, y lo subrayaba, el más preciso y, por ello, el más adecuado.

Por otra parte, su afán de rigor aparecía en todo lo que escribía o en todo lo que había de publicar. Cuidaba el lenguaje hasta el extremo. Su vigilancia por la pureza de la lengua llegaba hasta pedir, en algún caso, informe a la Real Academia Española.

Quienes le hayan visto solamente en sus actuaciones profesionales, y especialmente en las cátedras de la Escuela de Ingenieros Industriales y de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, pueden haberse quedado con el retrato de la persona intransigente o rígida a que anteriormente me he referido, pero quienes tuvimos un trato más continuo con él guardamos el recuerdo de la gran simpatía que se desprendía de un hábil e interesante conversador, amigo de comentar las distintas vertientes de la actividad humana y capaz de enfocar los hechos con un agudo sentido del humor.

Era muy dado a confraternizar con sus amigos en cenas y comidas, para las que cualquier pretexto era bueno, pero el mayor era la celebración de cualquier éxito logrado por alguno de sus amigos o por algún miembro de su círculo.

Recuerdo con especial interés, aunque de forma un tanto borrosa, las cenas en que se reunía en L'Hardy (normalmente en el salón chino) con un grupo de economistas amigos, entre los que se hallaban, si mi memoria no me es infiel, Valentín Andrés, Prados Arrarte, Miguel Peredes, José Vergara, Julio Tejero y, en algunas ocasiones, Ramón Carande. Yo era el invitado de la nueva generación de economistas, testigo casi mudo de una conversación ingeniosa, salpicada de buen humor, en la que se hablaba de toda clase de temas de actualidad.

Todos los mencionados, o al menos una buena parte, eran miembros de la Sección de Economía del Instituto de Estudios Políticos.

La Facultad fue un hecho en el curso 1943-44, sin duda impulsada desde el Instituto de Estudios Políticos por el grupo de profesores más arriba mencionado y por la presencia de Stackelberg, así como por un condiscípulo de Castañeda, el entonces Ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín. Su primer Decano fue el entonces Director del Instituto de *Estudios Políticos*, Fernando María Castiella.

Con este último párrafo estoy queriendo recordar la difícil gestación de la Facultad, sueño dorado del profesor José María de Zumalacárregui, que la juzgaba indispensable para que la ciencia económica española pudiera nutrirse de su propia savia.

Sus esfuerzos habían quedado plasmados en el discurso inaugural del curso 1919-20 del *Alma Mater* de Valencia, consagrado al tema «Misión de la Universidad en la vida económica contemporánea».

Volviendo, después de esta digresión, al examen de la personalidad de Castañeda, es necesario destacar también su laboriosidad y su agudo sentido del cumplimiento del deber en general y de sus obligaciones en particular. La primera parte de la mañana la dedicaba a sus clases en la Facultad o en la Escuela. Consagraba el resto al trabajo que le correspondía en el Tribunal Económico-Administrativo Central. Y este trabajo lo completaba dedicándole muchas horas en su casa, a la que solía llevarse los voluminosos expedientes. Las tardes las dedicaba en parte a la dirección de las revistas a que antes me he referido, de cuya sede salía a última hora para dar las clases de doctorado en la Facultad. El resto de la tarde y parte de la noche los invertía en preparar sus clases y lo que primero fueron apuntes, después pliegos impresos de sus explicaciones y que, más tarde, se completaron para llegar a ser las *Lecciones*.

Otro rasgo característico de Castañeda era el gran interés que mostraba por la actividad de sus alumnos una vez que habían terminado la carrera. Ayudaba a situarse en la vida profesional a cuantos acudían a él. Y todos se sentían protegidos no sólo por la actuación del que seguían considerando su profesor y por el sólido bagaje que les había proporcionado con un conocimiento detallado de la Microeconomía, sino, y sobre todo, porque les había dotado de un método riguroso que les permitía hacer

frente a las más variadas situaciones. Así, era fácil oír hablar en este sentido a aquel alumno que llama la atención en Roma por sus conocimientos cuando ha de revalidar su título. Y a aquel otro que llega a los más altos puestos de la Administración en Canadá, o a aquel grupo de economistas que, por primera vez en la historia, trabaja en uno de los grandes astilleros españoles. Todos se deshacían en elogios de Castañeda, y alguno me los repetía hace poco más de un año, cuando tuve ocasión de verle y de entregarle un ejemplar de *El consumo de tabaco en España y sus factores*, que hacía poco que había reeditado la Tabacalera.

Quizá la muestra más palpable del cariño que profesaba a sus alumnos es la dedicatoria que preside la obra de su vida, las *Lecciones de Teoría Económica*. No se las dedicó a su mujer, ni a sus hijos, ni a sus colaboradores, sino «a todos mis antiguos alumnos, ya catedráticos, altos funcionarios de la Administración, directores y asesores de empresas, o bien que llevan camino de serlo, con todo afecto».

Era persona que agradecía sobremanera que se reconocieran sus méritos. Por ello, le colmó de satisfacción su elección como miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Veía en tal elección el premio a sus esfuerzos y desvelos en pro de las ciencias económicas y de los economistas de España. Y, con una modestia no incompatible con el sano orgullo a que me acabo de referir, consideraba que su tránsito por la Academia no era más que un eslabón que habría de asegurar la continuidad entre el que había sido adalid del rango universitario de los estudios de Economía, Don José María Zumalacárregui, y los que habrían de ser los primeros frutos salidos de la nueva Facultad.

Dejó cristianamente esta vida temporal el día de su onomástica, 19 de marzo de 1987. Que Dios tenga en su gloria a este hombre bueno, que quiso contribuir a la mejora de la sociedad en que le había tocado vivir, dedicándose en cuerpo y alma a la tarea de la enseñanza que le había sido asignada y cumpliendo en ella su deber con un afán de autenticidad y de rigor que, a la larga, ha sido por todos reconocido y encomiado. Creo, sinceramente, que su actitud y su talante de seriedad han influido no poco en lo que han sido las generaciones de economistas que le han seguido, y que tanto impacto han producido en el desarrollo de la economía española.

